

**Escribe**

**GUIDO ALBERT,**  
el mayordomo de  
"La Madrague"



**2**

## **BRIGITTE Y EL DINERO**

En  
"La Madrague"  
cada invitado  
paga su parte



**B. B. discute  
las facturas,  
regatea  
unos céntimos  
en las compras  
y guarda  
las ropas viejas  
y los objetos  
inservibles**



EXCLUSIVA

# LA VIDA PRIVADA DE B.B.

**H**ACE unas semanas, Bob Zaguri, que es un forro de la pesca submarina, volvió contentísimo a «La Medrague». Al salir del agua esgrimía, triunfalmente, dos soberbias langostas. La señorita Brigitte se le echó inmediatamente al cuello y le abrazó fogosamente. Estaba visiblemente orgullosa del señorito Bob y de sus dotes de pescador. Después me llamó.

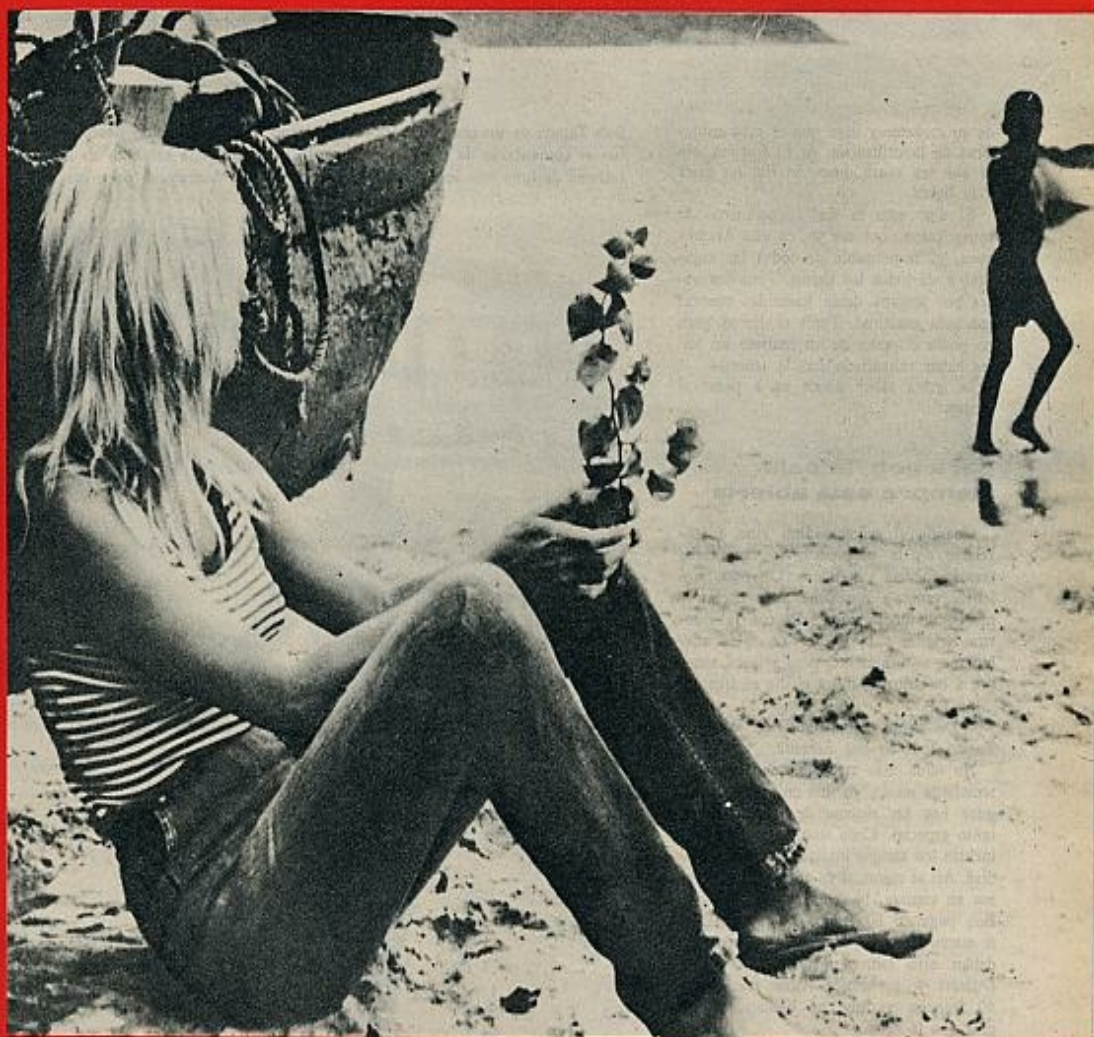
—Guido: tenga, dos hermosas presas para la comida.

Y después añadió:

—Siempre es algo que nos ahorramos.

**yo era responsable de los gastos**

Esto puede sorprender, viniendo de una estrella como la señorita Brigitte, inmensamente rica. Pero no creo que lo tome a mal si desvelo un **SIGUE** aspecto más bien asombroso



Con el paso de los años la personalidad de Brigitte ha ido perfilándose. La muchachita típica que era a sus diecisiete años, que podía confundirse con cualquier sencilla estudiante de las que circulan por el Boulevard St. Michel, ha dejado paso a la «femme-enfant», sofisticadamente descuidada, a la que ahora tratan de imitar esas mismas estudiantes. Brigitte ha cumplido hace poco treinta años, pero su mohín ya clásico y las gráciles curvas de su cuerpo no lo demuestran...

## "DE AHORA EN ADELANTE,

para ellos a expensas de la casa. Una vez, uno de sus amigos me encargó que le trajera un par de alpargatas. La señorita me prohibió hacerlo...

### ella manda, sin discusión

Se ocupa de todo. Así, una mañana me echó una bronca de padre y muy señor mío porque había olvidado apagar la luz del porche. Había estado encendida toda la noche y me dijo severamente: —Yo gano mi dinero, no lo robo. Y soy yo quien paga.

Antes, cuando trabajaba en casa de sus padres, utilizaba buena mantequilla pasteurizada. La señorita Brigitte ha exigido que la compre a granel en el «Casinos», donde cuesta unos céntimos menos. De igual modo, los alimentos debo comprarlos en el mercado. Existían órdenes terminantes de comprar siempre lo más barato.

Reconozco que, en comparación con algunos que dilapidan su fortuna tontamente, la señorita Brigitte hace bien al tener oído.

Este invierno mandó pintar «La Madrague», cosa que era verdaderamente necesaria. Cuando volvió del Brasil, una vez terminados los trabajos, la señorita quedó decepcionada. No estaba tan bien hecho como habría querido, y se puso furiosa. Entonces, cuando le pasaron la factura, de 2.600 francos, fue tajante. Dijo:

—Les doy mil trescientos francos, y ni un cuarto más.

En casos como éste de nada sirve discutir. Cuando ha tomado una decisión, nada la hace cambiar de opinión. El contratista gimió, suplicó, amenazó; la señorita siguió inflexible. Le dijo:

—O aceptan el cheque tal como está o lo rompo y se quedan sin nada...

### domina el arte de regatear

Es curioso cómo es. Una tarde se fue en su coche a comprar platos. Dio vueltas por Saint-Tropez durante horas. Por fin encontró una vieja tiendecilla, donde escogió unos platos de loza, muy baratos. No querrán creerme, pero todavía regateó para que le hicieran una rebaja. Y lo logró.

Incluso los grandes vasos en los que se bebe en «La Madrague» tienen una historia. Son viejas botellas de whisky que la señorita conservaba, que hemos cortado en dos y limado cuidadosamente durante horas.

En el jardín hay una magnífica mesa de madera, maciza y antigua, sobre la que la señorita ha esculpido un corazón. A fuerza de comer en ella, se había puesto negra y grisenta. Una mañana le dije a la señorita Brigitte:

—Habría que llamar a alguien del pueblo para que la lijara.

—¿Por qué llamar a alguien? —me respondió.

de su carácter y digo que es muy minuciosa en la utilización de su fortuna. No es que sea avara, pero, en fin, no gasta a la ligera...

Si digo esto es con conocimiento de causa, puesto que era yo, en «La Madrague», el responsable de todas las compras y de todos los gastos. Pero dos veces por semana debía hacer las cuentas con toda exactitud. Tenía el dinero, pero no podía disponer de un céntimo sin antes haber consultado con la señorita.

Le gusta saber dónde va a parar el dinero.

### para bob, la caja siempre está abierta

Cuando el señorito Bob vino a instalarse en la propiedad, se encontraba con frecuencia sin dinero. Un poco violento, venía a buscarme a la cocina y me pedía dinero para salir con la señorita Brigitte a la noche. Yo se lo adelantaba, naturalmente, pero avisaba siempre a la señorita, hasta el día en que me dijo:

—De ahora en adelante dé al señor Zaguri todo lo que necesite.

No tenía más remedio que actuar de semejante modo, ya que en «La Madrague» hay un sistema de «cuentas» un tanto especial. Cada uno paga su parte, incluso los amigos invitados a pasar unos días. Así es como, si yo gastaba 200 francos en comida, la señorita y el señorito Bob pagaban 80 francos, el señor Elio, el nuevo guardaespaldas, y su esposa me daban otro tanto, mientras que Jackie Dussart y su mujer Anne me daban 40 francos, ya que no habían tomado más que la cena.

Yo creo que si la señorita actúa de este modo es porque teme que las gentes la amen por su fortuna. Por ejemplo, me estaba prohibido comprar periódicos para los invitados y hacer el menor gasto

Bob Zaguri es un gran pescador submarino. En una ocasión pescó dos magníficas langostas. «Eso que nos hemos ahorrado», fue el comentario de Brigitte... Durante la prolongada estancia de la pareja en Brasil, Bob no llevó otra ropa que los viejos pantalones de lona con los que había llegado a «La Madrague» para instalarse, que dejó olvidados y que hizo reexpedir por Correo.



# DE AL SEÑOR ZAGURI TODO EL DINERO QUE NECESITE"



En las comidas que se celebran en casa de Brigitte Bardot cada uno paga su parte, incluso los miembros de la familia y los invitados habituales. En la foto, una de estas comidas, en el jardín de «La Madrugue». A la izquierda de B. B., Sami Frey, entonces su prometido. A la derecha de la mesa, al fondo, M. Bardot, el padre de la actriz.

Durante dos días, ella y yo restregamos, rasamos y dimos piedra pómez. Por fin la mesa quedó de nuevo impecable. La señorita estaba encantada. Me dijo:

—Nos hemos ahorrado por lo menos cien francos.

## ella sabe recibir

Muy bien educada, muy refinada y notable ama de casa, la señorita Brigitte, con ocasión de ciertas recepciones, sabe ser sencilla. Una noche, con motivo de una cena de varios invitados y como yo estaba más que desbordado, llegó a la cocina diciéndome:

—Hubiera podido llamar a alguien pa-

ra ayudarme. No he pensado en ello. Pero no se preocupe, Guido, le voy a echar una mano.

Y, en efecto, la señorita Brigitte me ayudó a preparar la comida, a poner la mesa, y, durante la comida, arunció a los invitados:

—Guido está solo. No cambiaremos los platos.

He hablado de su «edos caballos», pero no lo he manejado sino muy pocas veces. Lo que, con frecuencia, me ha valido discusiones con la señorita Brigitte. En efecto, todos los recados y los transportes de provisiones y de invitados los he efectuado siempre con mi viejo «Aronde». Pues bien, la señorita Brigitte jamás ha querido pagarme la gasolina; ni siquiera pagarme neumáticos nuevos.

En casa de la señorita no se tira

nada. Todo se guarda. Puede servir algún día. Buena prueba de ello la tuve poco tiempo después de su marcha al Brasil con el señorito Bob. Apenas hacía diez días que se habían ido. Al poner la casa un poco en orden encontré un viejo pantalón de lona que el señorito Bob llevaba cuando llegó a «La Madrugue». Estaba roto, y descolorido. Dije a mi mujer:

—Toma, tíralo.

No quiso. Me respondió:

—Vamos a guardarlo todavía unos días; nunca se sabe...

Tenía razón. Una mañana recibí una carta de la señorita Brigitte. Me escribía para pedirme que le mandase lo más rápidamente posible el viejo pantalón del señorito Bob.

Si no hubiera reconocido la letra de

la señorita Brigitte, hubiera creído que se trataba de una broma.

## una cabezota

Hace aproximadamente un mes, tuve una gran disputa con la señorita Brigitte. Estaba trabajando como un condenado, arreglando el jardín, ocupándome de las embarcaciones, limpiando la casa, haciendo los recados y la compra y sirviendo a la mesa. Pregunté a la señorita si aceptaría que mi mujer viniese para ayudarme a preparar las comidas. Dijo que sí. Todo habría ido muy bien si al cabo de diez días, cuando pregunté al señorito Bob si tenían intención de pagar a mi mujer, no me hubiera respondido que «ni hablar». **SIGUE**



Entonces, un tanto enfadado, dije a mi mujer que no volvería a venir a «La Madrugue». Era una pequeña pelotera, pero no era grave. Lo llegó a ser cuando la señorita Brigitte vino a verme, sin avisar, a la cocina. De buenas a primeras me anunció:

—Guido, le doy mil francos los meses de verano... Es demasiado. He decidido rebajarle doscientos francos.

Creí que se trataba de una broma pesada. Pero no: era en serio. Como la conozco bien, sabía que nada le haría volverse atrás. La he visto con demasiada frecuencia rebajar las facturas de los comerciantes y decirles:

—Eso o nada. Conmigo no hay que hacerse ilusiones.

Pero aquella noche abandoné «La Madrugue» dando un portazo. Estaba indignado. La escena me produjo tal impresión que al día siguiente estaba enfermo. Los médicos que vinieron a verme me recomendaron unas semanas de reposo. Incluso los jardineros-mayordomos sufren depresiones nerviosas.

Quiero que quede claro que, a pesar de esto, no le guardo rencor a la señorita Brigitte. La he visto demasiadas veces inundada en lágrimas y sintiéndose desgraciada y siento por ella una verdadera ternura.

Copyright PARIS  
INTERNATIONALE PRESSE-  
PRENSALCOR y "TRIUNFO" 1964  
(Fotos PRENSALCOR y  
ARCHIVO "TRIUNFO")

En el próximo número:  
**BRIGITTE  
Y LOS HOMBRES**

Brigitte va siempre sencillamente vestida, incluso con este descuido, lo que no es obstáculo para que dicte la moda veraniega en un gran sector de la juventud. Ella misma hace la compra, con frecuencia, ante la curiosidad de los habitantes de Saint-Tropez. Y ya en sus primeros tiempos, su célebre imagen aparecía junto a la no menos célebre del genial Picasso, con quien la muestra la foto superior, ante dos esculturas del español, en el jardín de su residencia.



## LA VIDA PRIVADA DE B. B.



Completamente al margen de las que hasta ahora se habían considerado como únicas actitudes posibles de las estrellas al presentarse ante los fotógrafos, B. B. ha destruido el tópico de la mujer siempre compuesta y supermaquillada. Con el cabello en desorden, un pantalón viejo o una gabardina raída, su imagen se ha impuesto y ha sido profusamente imitada, tanto en la vida cotidiana como dentro del mundillo cinematográfico.